

Juan Posada:

“Aquí el que exige de verdad es el toro”

Texto: José Ignacio de la Serna
Fotos: Archivo Espase Calpe

Colgó el vestido de torear y se licenció en Ciencias de la Información. Es autor de varios libros y hoy ejerce como crítico taurino en el diario La Razón. Pero hace cincuenta y seis años protagonizó un hito en la plaza Monumental de Las Ventas: cortó dos orejas de un mismo novillo sin llegar a entrar a matar. Aquello le sirvió para tomar la alternativa en la feria de San Isidro, en el año 52, cuando se alzó como máximo triunfador del ciclo al cortar tres orejas a un encierro de Galache. Sin embargo, quiso el destino que un toro de Prieto de la Cal, con la muleta en su mano izquierda, le pegara en Sevilla una cornada de caballo. Camino de la enfermería, a borbotones, se derramó sobre el albero un reguero de sueños e ilusiones.

“Si te digo la verdad, no recuerdo en qué momento decidí ser torero. En mi casa se respiraba el ambiente taurino veinticuatro horas al día, y los primeros libros que lei no fueron precisamente los del ‘Capitán Arzán’, fueron de toros. Por ahí andaba una fotografía que da fe de lo que digo, en la que aparezo toreado con tres añitos, pegando lances al viento con un capotillo. Algunas veces me he preguntado qué hubiera sido de mí si no llego a nacer en el seno de una familia de toreros”.

Pregunta | Dos tíos suyos, Curro y Antonio, fueron matadores de toros. Y un tercero, Faustino, novillero. ¿muerto por un novillo de Mura en la plaza de toros de Samlúcar de Barrameda, el 18 de agosto de 1907?

Respuesta | Los tres eran hermanos de mi madre. Con mi tío Antonio fue con el que tuve más trato, la persona que me dio los primeros consejos, que me enseñó a torear de salón y me llevó al campo.



Cuando me vine a dar cuenta, estaba delante de una becerro con una muleta en la mano, como la cosa más natural del mundo. Eso sí, siempre rodeado de grandes toreros.

P | En eso ha sido usted un privilegiado. Creo que muy pocos toreros pueden presumir de haberse educado taurinamente a la sombra de Juan Belmonte.

R | Mi relación con Belmonte surgió mucho antes de que yo naciera. Ten en cuenta que mi tío Curro aliteró mucho con Juan, y que ambos debatieron el mismo día en Madrid como novilleros. Y claro, para él yo era el sobrino de Curro, y eso siempre implicó ciertos afectos. Además, con el capote yo toraba muy parecido a él, y eso le agradaba.

P | ¿Copia o intuición?

R | Yo creo que era una forma de sentir el toro. No olvidés que antes no existía la televisión ni el vídeo, y era muy complicado aprender y coger cosas de otros toreros. No sé, quizás también influyeran en mi concepto aquellas fotografías tan impresionantes que vi de Belmonte.

P | ¿Quién era Juan Belmonte?

R | Era un hombre de una personalidad extraordinaria, en su momento en sus pensamientos, de profundas reflexiones y largos silencios. Él me contó que fue torero para escapar del hambre, y también las penalidades que tuvo que sufrir para salir adelante. Era un romántico y un bohemio...

P | ¿Que reputa con mayor insistencia?

R | ¡Incidía hasta la saciedad en que había que andarle ‘pa lamié’ a los toros. Para ello utilizaba una palabra muy torera, que utilizaban los amigos y que desgraciadamente hoy se ha perdido: ‘cejarise’. Nosotros lo llamamos cruzarse. Belmonte aseguraba que para poder con los toros había que comerles el terreno, meterse dentro y permanecer en él.

P | ¿Le confesó alguna vez cómo llegó a esta conclusión?

R | ¡Advertió que colocándose de esa manera se desequilibraba la embesida natural del toro. Le ganaba la acción, obligándole a cambiar el rumbo de su trayectoria. El resultado es que el toro pasa muy cerca, pero también va muy torado.

P | ¿Imagino que, además de la colocación, Belmonte hablaría del temple.

R | ¡A mí que me perdieron, pero el sentido del temple es un cuento chino que se han inventado del año 40 para acá. Otra cosa es acomodarse a la velocidad del toro. No hay nadie capaz de demostrar físicamente la estupidez que dijo Domingo Ortega, aquello de parar a los toros. Eso es mentira, porque los toros no se pueden parar. Lo que sí se consigue a través de la lidia es una reducción de la velocidad en la embesida. Quiero decir que hoy se tora mejor que nunca porque el toro también embiste mejor que nunca.

P | ¿Sigamos...

R | Cuando mi abuelo se arruinó, lo hicieron guardar mayor de Tablada, una dehesa entonces situada cerca de la Maestranza de Sevilla, lo que ahora es el barrio de Los Remedios. Él estaba allí, vigilando aquello y a cargo de todo. Pero resulta que Belmonte era su debilidad. Así que cuando llegaban reses bravas a Tablada, mi abuelo le avisaba y hacía la ‘vista gorda’ para que pudiera torear. En el libro de Chaves Nogales, Belmonte nombra a mi abuelo, Francisco, cuando narra las peripécias vividas en aquellas noches de toro y luna llena.

P | Volvamos a su carrera. Aunque nació en Sevilla, su infancia transcurrió en Huelva. Allí conoció a Miguel Páez, ‘Litrí’, y juntos comenzaron a torear novilladas sin picadores.

R | ¡Fijate que hasta en eso tuve mala suerte. Como bien dices, nací en Sevilla y me crié en Huelva, pero no me consideraban ni de Sevilla ni de Huelva. Tampoco el litri nació en Huelva, sino en un pueblo de Valencia y, sin embargo, a él sí lo consideraron de allí. Rapidamente el público se identificó con su personalidad y le apoyaron incondicionalmente. Es cierto que yo gozaba de una élite de buenos aficionados, que me seguían y eran partidarios, pero la masa estaba con Litrí.

P | ¿Por qué?

R | Porque el torero señero de Huelva había sido su padre, Miguel. Y luego estaba su hermano, Manolito, al que mató un toro en Málaga. Además, vivían en un barrio muy castizo y muy torero, el de San Sebastián; y quizás por eso la gente se identificó más con él que conmigo. Lo veían como algo propio.

P | Localismos aparte, usted fue un novillero de postín, que deslumbró a la afición de su tiempo con un sentido del torero puro y 'abelmontado'.

R | Pero eso vino después, en el año 49. Al principio, cuando debuté en 1947, toreaba donde y cuando podía, haciendo pareja con Litri por los pueblos de la sierra de Huelva. Pero Miguel se 'emancipó' de la pareja formada y comenzó a torear por su cuenta, de la mano de un señor que se llamaba Emilio Fernández, que entonces apostaba a Manolo González. Él fue quien lo lanzó y yo me quedé atrás.



P | Hasta que un día...

R | Hasta que un día del mes de agosto nos llamó Pablo Chopera para sustituir en San Sebastián a Antonio Chaves Flores. Estaba cogido, y en aquel tiempo completaba la terna de moda formada por Aparicio y Litri. Le llamaban 'el tercer hombre', por aquello de la película de Carol Reed, estrenada ese año, el 49. El caso es que tardamos tres días en llegar a San Sebastián y cuando nos presentamos en el sorteo supimos que nos habían cambiado los novillos. Mi primero estaba tuerto y el segundo era todo un galán, serio y astifino, de la ganadería de Villamarta, que había estado como sobrero en una corrida de toros en Vitoria.

P | ¿Qué bonito!

R | Pues, hijo, lo que son las cosas. El toro venía con la papeleta del premio gordo colgada de la punta del pitón. Le corté el rabo. Ahí fue cuando de verdad arrancó mi carrera.

P | ¿Qué traje Juan Posada al toreo tres años después de la muerte de Manolete?

R | Cuando llegué al toreo, la gran mayoría de los toreros toreaban con los pies juntos, la muleta retrasada y, al natural, se ayudaban con la espada. Sin embargo, el verdadero legado de Manolete y una de sus grandes aportaciones al toreo fue la quietud. A partir de su muerte, amigo, había que quedarse muy quieto delante del toro. Si no recuerdo mal, éramos tres los

novilleros que, además de quedarnos muy quietos, nos propusimos rescatar el torero puro y clásico. Por eso gustamos tanto a la afición Antonio Ordóñez, Manolo Vázquez y un servidor.

P | Además de su enorme quietud, el monstruo cordobés impuso continuidad y ligazón en la ejecución de las suertes.

R | Es que con el toro que salía entonces no tenías más remedio que ligar los muletazos. No te podías ir de la cara porque aquello no paraba de embestir. Pero, ¿tú por qué crees que se inventó la media verónica y el pase de pecho? Joder, pues para poder respirar.

P | En Madrid tuvo gran cartel como novillero. Incluso llegó a cortar dos orejas a un novillo de Buendía al que no pudo entrar a matar porque le hirió de gravedad en el muslo derecho. Fue la tarde del 4 de octubre de 1951.

R | En Madrid caí de pie desde el primer momento. Aquella fue la tarde de mi despedida como novillero en Las Ventas. La

verdad es que no me cogió, me empujé con los cuartos traseros en un pase de pecho y me eché por delante. Cuando me vine a dar cuenta ya me había pegado tres cornadas.

P | ¿Recuerda la faena?

R | Fueron quince muletazos, nada más. Recuerdo que el novillo estaba en el burladero del tendido siete y cogí la espada y la muleta y me fui derecho a la puerta de chiqueros. Rápidamente note ese 'runrún' inconfundible que sólo se escucha en esta plaza. Al verme, se encampanó y se arrancó como una bala. En ese instante me fui hacia él pegando una carrerita. El novillo de Buendía iba a por mí y yo iba a por él. La gente pensó que estaba loco. Pero nada de eso. Cuando llegó a mi jurisdicción, en el centro del ruedo, le abrí la muleta en la misma cara y le pegué una serie de naturales que, puesta en pie, hizo rugir a la plaza como un volcán. Así que otra vez me distancié y vuelta a empezar. En el último pase de pecho me derribó y me pegó las tres cornadas.

P | ¿Joder, que emocionante!

R | Esa es la palabra: emocionante. Luego, en la enfermería de la plaza, postrado en la mesa de operaciones, Jaime Malaver, que fue el encargado de acabar con su vida, puso sobre mi pecho las dos orejas del novillo. Sabes, aquello fue algo realmente grande...

P | Era usted un torero de corazonadas.

R | (Risas) Y también un punto 'majareta'.

P | Aquel triunfo apoteósico le sirvió para tomar la alternativa, al año siguiente, en la Monumental de Las Ventas. El 14 de mayo, de manos de Parrita y en presencia de Litri, con toros de Alipio Pérez Tabernero.

R | Y seis días después me proclamé triunfador de la feria de San Isidro del 52, al cortar tres orejas a una corrida de Galache. Pero como me tenían 'enfilado' algunos tiburones del negocio, empezaron a cerrarme el paso.

P | ¿Tiburones con aleta?

R | Ni más ni menos que Camará. Tenía una fuerza espantosa porque apoderando a Manolete se había hecho el amo del toreo. Quiso llevarme las cosas y le dije que no. Errores que se cometen cuando eres joven. Y, claro, pagué las consecuencias. Me costaba un mundo que me contrataran. Pepe Camará era hombre de una gran influencia en este mundo.

P | Y para colmo de males, en la temporada del 53, sufrió una cornada tremenda sustituyendo a Ordóñez en Sevilla.

R | Me la pegó un toro de Prieto de la Cal, toreando con la mano izquierda. Aquella cornada estuvo a punto de costarme la vida. Me partió la arteria femoral y poco faltó para que llegara desangrado a la enfermería. Aquella cornada acabó conmigo. Bueno, la cornada y que después tampoco quisieron darme la continuidad necesaria para recuperarme de aquel percance. Recuerdo que el día antes me había presentado con éxito en la Maestranza.

P | Y luego, ¿qué pasó?

R | Pues que después de tres temporadas toreando muy poco, hartó y cansado de tantas injusticias en los despachos, decidí

Si soy exigente es porque sé de esto. La verdad por delante, pero sin hacer daño"

mandarlo todo a tomar por culo. Además, te ruego que por favor pongas lo mismo en la entrevista. El toreo es grandeza. Por eso pensé: o figura o para casa.

P | ¿Y si hubiera esperado un poquito más...?

R | ¿Esperar? Ni hablar. Con veinticinco años no estaba dispuesto a ver el humo de los coches que iban delante.

P | ¿Le costó tomar aquella decisión?

R | Me costó mucho, pero al final me quedé satisfecho conmigo mismo. Me tengo por una persona inteligente y creo que en la vida se pueden hacer otras cosas. Creo que he triunfado en todo aquello que me he propuesto.

P | Como por ejemplo, el periodismo. Tras abandonar los ruedos se licenció en Ciencias de la Información. Entonces, ¿estaba abierto a cualquier otra posibilidad, o desde un principio supo que en esta nueva faceta lo suyo seguirían siendo los toros?

R | Estaba abierto a cualquier opción dentro del periodismo. Pero enseguida, sin terminar la carrera, entré a formar parte de la redacción de Diario 16, como crítico taurino. Recuerdo que el director del periódico me dijo: "Juan, quién mejor que tú para escribir de toros". Estoy orgulloso de ser el primer matador de toros licenciado en Ciencias de la Información.

P | ¿Y cómo le recibieron sus nuevos compañeros?

R | Muy mal. Ellos no entendían que un matador de toros pudiera ejercer la crítica taurina. Entrar en Diario 16 fue como una bomba para todos. Lo que siempre he intentado es no hacer daño a nadie, escribir de la forma más objetiva posible y, sob-



Juan Posada junto a Juan Belmonte.

todo, sin acritud. Si me has leído, habrás podido comprobar que mis crónicas son muy técnicas. Además, si soy exigente es porque sé de esto. Aunque aquí el que exige de verdad es el toro.

P | ¿Y los toreros?

R | Peor todavía. Ahora, cuando a un tío le digo que ha estado bien... Más de uno me ha llamado para darme las gracias. Esas cosas son gratificantes. Repito, sin herir a nadie. Pero siempre con la verdad por delante.

P | ¿Tardó en adaptarse a su nueva profesión?

R | Un poco. Me encontraba en una situación algo confusa. Tuve que luchar hasta encontrar mi nueva personalidad.

P | En su situación, no tiene que ser fácil tener amigos.

R | Pues los tengo, y muy buenos. A mí los que me han arreado han sido los mediocres, pero a estas alturas ya lo tengo superado.

P | A lo mejor no es necesario haberse puesto delante para saber de toros. Quizás sea una cuestión de sensibilidad.

R | Mira, queramos o no, el que se ha puesto delante del toro y ha sentido cerca su respiración tiene unos conocimientos y una experiencia que no poseen los demás; y que tú, por ejemplo, aunque quieras, no puedes tenerlos a no ser que yo te los diga. Joder, a mí me han partido la femoral y he cortado tres orejas en Madrid una misma tarde. Digo yo que eso me habrá servido de algo. Yo no discuto con el médico, ni con el mecánico...

P | ¿De qué se siente más orgullo: de haber sido matador de toros o de ser periodista?

R | De las dos cosas. Las satisfacciones que proporciona el toro son incomparables, pero ser periodista es algo importante. Sobre todo cuando eres consciente de lo que has tenido que batallar hasta que te han respetado.

P | Se nos acaba el tiempo. Dígame el torero que más le ha gustado.

R | Rafael Ortega y Pepe Luis Vázquez.

P | Y el nieto, Ambel Posada, ¿le gusta?

R | Cuando esta bien, mucho.

P | Por cierto, ¿le sorprendió la forma en que murió Juan Belmonte?

R | En absoluto. Era un romántico.

Gracias, maestro.